



El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

REVISTA SEMANAL.

Hace mucho calor, lector de mi vida.

Es imposible escribir, amigo mío, porque un hombre que entra en calor, que está echando chispas y se pone a escribir, es capaz de decir todas las inconveniencias del mundo, es capaz hasta de poner en los cuernos de la luna a don Cándido, y a don Baldomero, y a don Salustiano, lo cual, como conoce cualquiera, sería en extremo inconveniente.

VV. no saben los apuros que paso para escribir estas Revistas semanales, escaso como estoy del recurso de los nombres propios, que es el gran recurso de la prensa contemporánea.

Cojan VV. un periódico cualquiera y pongan VV. aparte las noticias personales, personalísimas, y díganme VV. qué es lo que queda luego.

Díganme VV. qué es lo que le queda para su instrucción ó para su recreo al curioso lector que paga cada mes sus doce ó catorce ó diez y seis reales por saber cuándo se vá don Salustiano, qué es lo que escribe el doctor don Baldomero y qué cosas dice, — porque aquí todo el mundo dice lo que le dá la gana, — el apreciable don Cándido.

Y estos nombres y otros treinta y cuarenta son los que traen mareado al pueblo, que, francamente, no sabe cuál es peor — de los nombres, no de los nombres, — y que se acostumbra a la chismografía y á los cuentos de vecindad, que todos los días se le entran por debajo de la puerta, de lo cual no saca provecho maldito.

Si yo siguiera este sistema de mis maestros, cada Revista mia sería una deliciosa baraja de nombres propios con que llenaria fácilmente tres ó cuatro columnas de EL CASCABEL.

Sacaría á relucir á don Salustiano, por ejemplo, y aquí tienen VV. un as, un as de oros, por aquello de la medalla, de que ya tienen VV. noticia.

Para hacer el contraste, recurriría á la venerable figura de don Baldomero, y aquí tienen VV. otro as, un as de espadas, que, aunque la suya no es mas que una, ya hemos convenido en que vale por todas.

En poniendo sobre el tapete el ocho de oros, aunque esta es de las cartas que no juegan, ya tenían VV. á la vista siete ministros y un presidente sin cartera.

En saliendo el as de copas, ¿quién no se acuerda

del magnífico jarron que una pequeña parte agradecida de la patria, por no decir de la patria agradecida, ofreció en testimonio de amor y admiración al presidente, *leader*, guía, lucero y salvador de los puros? — y así pudiera hacer que fueran buenos los que se venden en los estancos.

Y paso á otro asunto, porque, si hubiera de seguir con la baraja en la mane, iría muy lejos, y por ahora me conviene no moverme del círculo en que me las *cascabeleo*, por no decir me las *campaneo*.

Ahora me encuentro con dos periódicos que dan dos noticias de suma importancia y de benéficas consecuencias.

La importancia es la que tienen los toros en este país, y las consecuencias las de unos cuantos miles de reales repartidos en los establecimientos de beneficencia.

Se trata de una corrida de toros, en la que, según ha dicho un periódico, *tomarán parte* distinguidas señoras de la aristocracia.

Perdóneme el periódico aludido, pero si yo fuera dama de la aristocracia, no había de quedar así la broma.

¿Dónde se ha visto que las damas de la aristocracia tomen parte en una corrida de toros?

El periódico en cuestion ha querido decir otra cosa, pero no la ha dicho, y nos ha espuesto á que el extranjero que lea el parrafito y lo entienda tal cual está escrito, crea firmemente que las damas de la aristocracia española se emplean en alancear y estoquear toros, y el mejor día lo plante en un periódico de allá con su correspondiente lámina.

En todas las leyes de imprenta que se nos administran, falta un artículo que obligara á las empresas á presentar los números de sus periódicos á una comision de correccion de estilo, que además de corregir el estilo, aplicara multas de dos, cuatro, ocho y veinte reales á todos los periodistas que, proponiéndose ilustrar al pueblo, diesen horrible tormento á la gramática.

Los periodistas pagaríamos muchas multas, y el importe de estas podia emplearse en sacar de pila á los hijos de nadie, que forzosamente han de venir á parar en periodistas.

Por supuesto que eso de tener que recurrir á una corrida de toros para sacar algo para los pobres, nos parece una caridad *sui generis*, porque vamos á ver, ¿el que vá á los toros, vá por los toros ó por los pobres?... El dá el dinero, pero vá á los toros, y nada

tienen los pobres que agradecerle; y en verdad que no sé á quién tienen que agradecer los pobres el beneficio que les resulte de una funcion de toros que se dá en su beneficio, como no sea á los mismos toros, que son los que, sin ser la parte mas flaca, pagan el pato.

Sin duda, para que todo no se lo agradezcan los pobres á los toros, se ha dispuesto esta vez otra funcion muy nueva y curiosa, que consiste en lo siguiente: «Alrededor de una especie de pirámide, — esto lo copio de un periódico — que se elevará en el centro de la plaza, se colocarán los útiles de plaza, vestidos y moñas, con otros atributos tauromáquicos.»

Ya ven VV. que este pensamiento merecia casi una medalla conmemorativa, en la que se grabasen la especie de pirámide, los útiles de plaza, vestidos y moñas, con otros atributos tauromáquicos.

Y aun falta lo mejor de la funcion. Dice el mismo periódico: — «Las moñas tendrán un targeton, en el que se espresará la señora que la ha regalado, y el toro que ha de usarla.»

Esto de poner juntos el nombre de la señora y el nombre del toro, no se le ocurre al mismísimo demonio.

Si el lector es casado, y su señora hace moñas para los toros, yo le ruego que se las haga hacer anónimas, si no puede obligarla á contentarse con hacerse moños.

Pues en la plaza de los Campos Eliseos vá á celebrarse tambien, destinando los productos á un objeto caritativo, una corrida de becerras, á los que se encargarán de escabechar distinguidos aficionados de la corte.

Y á propósito de esta fiesta, que no puede menos de ilustrar notablemente á la concurrencia, dice un periódico que *están invitadas para las moñas* algunas respetables señoras de la aristocracia, las cuales, despues de dar las moñas, ocuparán el palco presidencial.

Esta visto que la época es de moñas y de corridas, y gracias á Dios que son corridas de toros.

Esto es todo lo que pasa en Madrid, donde gozamos una paz octaviana y un calor de padre y muy señor mío.

LIBERTAD EN TODO.

He aquí, señor Director de EL CASCABEL, un epígrafe que por sí solo basta para que, estampándole con caracteres bien grandes en una página de su periódico, reñitiéndole á todo grito los espendedores, y llevándole bien á la vista de los transeuntes, se vendan en el día en que aparezca diez mil ejemplares más que los de costumbre.

Esto es un negocio como otro cualquiera, y en estos tiempos de negocios no creo que es de despreciar semejante hallazgo.

Bien hubiera querido yo escoger otra palabra de mas efecto en el diccionario político de última moda, para proporcionar á V. mayor lucro.—¡Las víctimas!—por ejemplo—¿eh? ó ¡Los mártires! ó ¡Los tiranos!!!!!!! Si pongo este último con todas las admiraciones y dos renglones á continuación llenos de puntos suspensivos, se hace el negocio por completo. También pensé poner: *Los derechos del hombre y los deberes... de nadie*; pero me ha detenido, para no hacer nada de esto, la íntima convicción que tengo de que si hubiese V. llegado á imprimir cualquiera de estos rótulos, preciso hubiera sido hacer del número de EL CASCABEL en que apareciesen, una edición estereotípica en papel continuo por espacio de tres años.—Y este negocio hubiese sido demasiado gigantesco, por lo cual no se lo propongo á V., que es hombre de conciencia, y no habrá olvidado que la avaricia rompe el saco.

Y sin embargo, aunque parezca que lo que voy á decir no tiene nada que ver con los tiranos, las víctimas, los mártires, los derechos ni los deberes, ni con la libertad, nada de esto falta en cuanto á continuación cito, que ya basta de preámbulo.

Yo—otra palabrita afortunada en el siglo XIX—soy un lugareño de Azucaica, que no tengo necesidad de decirle á V. ni á nadie cómo vivía en mi pueblo ni cómo ni por qué he venido hace unos cuantos meses á aviecinarme en esta corte. Pero si contaré que las mejoras y bellezas de la capital me han reducido hasta resolverme á cambiar de domicilio; y que como gracias á aquellas, las cartas que van á mi lugar, situado junto á Toledo, no tardan ya más que tres días, escribo todos los correos una epístola á uno de mis convecinos, para que, leyéndosela esté á los demás, se asombren de lo que aquí mejoramos y progresamos.

Creo no obstante, que si las viesen impresas en *letras de molde*, como ellos dicen, las darían mas crédito; y como no dudo que EL CASCABEL tendrá suscritores en Azucaica, le mando á V. la primera, para los usos que V. crea más convenientes, aunque sean para hacer cucuruchos.

Querido Pajarito,—así llaman á mi amigo en el lugar:—voy á referirte cuantas cosas sorprendentes estoy viendo en esta pasmosa maravilla que llaman Madrid, para que abandonando ese inmundo pueblocillo, te decidas á vivir en esta mansion semi-olímpica—pregúntale el significado de esta palabra al sacristán, que sabe latín—donde todo es completo, como debe serlo en la capital de una nación como la nuestra.

Bien te acuerdas de lo que aquí ocurría hace algunos años cuando estuvimos juntos: pues oye, y verás si esto ha cambiado.

Ahora, las calles que no son la carrera de San Gerónimo, Puerta del Sol y calle del Arenal, están alfombradas. ¡Asombrate! Alfombradas, si señor. ¿Quieres mas lujo? Pues no hay mas. Desde la mas concurrida hasta el callejón mas retirado tienen de día y de noche un tapiz de basuras de toda clase y circunstancias, que hacen la marcha del transeunte muelle y cómoda.—Plumas de ave, paja, bastante estiércol, cascarrones de huevo, hojas de verdura, papeles recortados, productos elaborados por niños de todas edades, sexos y condiciones, y otras menudencias, forman la suave superficie que cubre el pavimento; todo amasado con la abundante lluvia que arrojan dos veces al día las mangas del riego, quedando siempre aquella cuando esta se seca.—Y si las calles que antes cito no tienen este tapiz tan pronunciado, es porque por allí pasamos sin cesar los que tenemos coche.

¿Y los barrenderos? me preguntarás.—Los barrenderos van por la mañana gritando, blasfemando, diciendo pipos, groserías e indecencias á las maritornes que pasan por la calle, y no á las que acuden con la basura para vaciarla en el carro, porque esto ya no se usa.—Es mas cómodo sacarla al arroyo ó tirarla por la venlana á cualquier hora del día ó de la noche.

Con esto y con que los barrenderos no barren nada, no te quedará duda de lo del tapiz: conque ya ves si esto va cambiando.

Algunos gritan contra este abuso; pero ¡si no se puede evitar! cada cual es libre: y luego, un disgusto á cada paso, por si tiró V. la basura ó si el bando lo prohibe... vaya: no puede ser otra cosa.

Por el día se tiende en los balcones la ropita de los niños y los trapitos de los mayores,—aquí todo

el mundo tiene muchos trapitos—y el agua escurre y cae sobre el que pasa.

Por la noche se riegan los tiestos y sucede lo propio. Pero esto dá animación al cuadro, porque á mas de lo pintoresco que es ver á Madrid convertido en lavadero de río, produce bastantes disputas, que siempre son entretenidas y chistosas.—Yo me divierto mucho con oír las cosas que dicen los mojadados á los mojadadores; y con ver la seriedad impasible, inmutable, marmórea en absoluto, de los dependientes de la autoridad que á veces lo presenciaban.

Mas no te estrañes de nada de esto, sino es en cuanto á lo que halles de diferente entre ello y lo que vistes, porque has de saber, que si se quisiera evitar con arreglo á lo mandado, habría disgustos; y eso nó: disgustos, de ningún modo.—Cada cual es libre; y luego que se ocasionan rencores, y el día que Dios quiera todo se paga... A mas que como todos somos hombres, tenemos pasiones, y hay unas criaditas tan monas en este Madrid, con miriñaques, con peines dorados... vaya, chico, si las vieses te habías de enamorar de ellas y consentirlas todas sus travesuras, aunque fueses alguacil del Santo oficio.

Aquello de las cubetas y de los diez reales de multa ha habido casi que dejarlo. ¡Qué de disgustos! Que si se puso V. aquí: que si no se puso.—¡Pues no faltaba mas ya sino que ni pueda hacer cualquiera sin permiso de la autoridad!...—¡Vaya! ¿En qué tiempos estamos? ¿Hemos de hacer lo que en la escuela?—Señor maestro, ¿me deja V. ir á...

Para evitar tanto sinsabor no se han puesto mas cubetas: en castigo.—Si revienta V., ¡tanto mejor! no se diga que colocándolas se hace alarde de una invitación que ni aun bajo tal aspecto puede ser bien admitida en una época en que ya se cuentan tantas víctimas y tantos mártires para aumentar su número con la exigencia tiránica de sujetar la necesidad á puntos determinados, á mas del suplicio de contenerla esperando vez como los aguadores en la fuente.

Yo he visto, no hace muchas noches, salir de una taberna seis jóvenes chistosísimos, que colocándose en fila vueltos de cara á la pared, gritaban «¡aquí, sereno! ¡aquí, sereno! ¡diez reales cada uno!»

Y el sereno, tan sereno como una noche de primavera serena.

Así es que si de noche no riega el ayuntamiento, no importa.—De todos modos hay riego; y aquel abuso de impedirlo solo se lleva á cabo, siempre esponiéndose á disgustos, por supuesto, en los sitios donde se pueden manchar determinadas colas en mayor ó menor número.—Conque ya ves.

Los cocheros, desde el mas encumbrado, hasta el mas ramplon automedonte, han llegado por fin á comprender lo feo y ridículo que es ir al paso, avisar á tiempo y tomar bien las vueltas. Aquella medida de los coches antiguos era una caricatura como las mulas que de ellos tiraban; y ahora que impera la elegancia y que hay prisa para todo, no debemos ser cursis ni rutinarios yendo despacio.—Debemos atropellar á los bobos que tienen la ocurrencia de ir á pie.—Porque si los aplastan, poco se pierde: al fin son el menor número de los que habitamos la corte.

Por eso, á pesar de aquel bando que tú sabes, corren desbocados los carruajes; á semejanza de París, chico: esto está casi lo mismo, lo mismo, lo mismo.—Que te echan los caballos encima; que te derriban; que pasan sobre tí y te rompen cuatro costillas, un brazo y una pierna; no importa. El cochero grita: ¡eh! ¡eh! ó cualquier cosa, despues que te ha muerto, con lo cual cumple.—Luego llegan los dependientes de la autoridad y el gacetillero de *La Correspondencia*.—Este para dar la noticia en seguida, sin comentarios; y aquellos para llevarte á la casa de socorro, sin comentarios tambien, por evitar disgustos.

Ya comprendes que si se hubiese de ir deteniendo coche por coche de los 20,000 que circulan por todo Madrid, y diciéndoles: *no corra V.*, esto seria absurdo.—Conque á ver qué se ha de hacer.

Así es que si lees la competentemente autorizada, verás que desde el primer parrafillo hasta el último, registra cada día quince ó veinte atropellos causados por los coches ó por los carros; pues has de saber que lo de obligar á los carreteros á que lleven la mula de varas cogida del diestro, no se puede tampoco hacer observar ni cumplir.—¡Apostadatamente son buena gente los carreteros! El que mas y el que menos es capaz... Cuidado con los carreteros, que tienen malas pulgas.—Y luego que son de los que si llega el día... Vaya, chico, que no se puede decirles nada, porque luego ciertos periódicos salen otra vez con la procesion de las víctimas y de los mártires y de los tiranos.

Tambien notarás que *La Correspondencia* y demás noticieros dan cuenta diaria de un robo, una riña, con sus correspondientes heridos y muertos, y de un asesinato, ocurridos en el de la vispera.—Pues de todas cuantas noticias leas, ninguna es verdad, como no sean estas. Estas si son ciertas todas.

Ya se vé: querer que si á mi se me antoja tomar

lo que tú tienes, ó si se me calienta la sangre y te he de dar un alfilerazo, ó si me estorba mi suegra ó mi vecina y he de quitarla de en medio, haya de contar antes para todo esto con el beneplácito de la autoridad, es hasta bárbaro por lo despótico.—Yo estoy porque cada cual haga lo que se le ponga en el magin.—Lo demás no es tener libertad completa, decia días atrás un mozo crudo que leia *La Democracia* á la puerta de un ventorrillo fuera de la de Alcalá.—¿Para qué son esos tricornos? añadia, mirando de soslayo á dos guardias civiles que á la sazón pasaban por allí.

Convencido todo el mundo, no de lo que decia el mozo crudo, sino de lo que mas arriba indico, se ha resuelto que haya emociones, sensaciones fuertes.—En este siglo de grandes acontecimientos, en que hasta los placeres hastian, es preciso sacudidas que estremeezan, cosas que horripilen; algo, en fin, que nos escite bien el sistema nervioso.—En su consecuencia, progresamos hasta permitir un lance de estos á cada paso.—Pero no creas que todo queda así. Apenas se ha marchado el ladrón, ó escapado el asesino, aparece el juzgado y qué sé yo cuánta gente mas, y toma sus medidas, entre las que, la primera es la del largo del cadáver, si le hubo, para mandar hacer el ataúd.—Y luego los periódicos terminan la receta para aquel mal con añadir despues de narrarlo: «hasta ahora se ignora quien sea el agresor, que no pudo ser habido.»

En el día, que ya empieza el calor á hacer de las suyas, es delicioso vivir en Madrid.—Mientras en ese lugarcejo os freis como chicharrones, aquí la gente de *pró* vá nadando en lodo á la Fuente Castellana, los que son de *contra* se sientan á las puertas de sus casas en medio de las aceras; y los que no son de *pró* ni de *contra* van al Retiro, al Botánico, por ciertas calles ó por otros paseos envueltos en una nube de polvo.—Me parece que todo esto es bien poético.

Figúrate una linda dama acostada en un ligero carruaje cuyos caballos van nadando, y verás el cuadro del nacimiento de Venus.

Imaginate diez muchachas chillando en corro; catorce mujeres sentadas y seis hombres echados á la larga, todos sobre una acera tomando el fresco, y crearás hallarte entre faunos y ninfas.

Considera á un quidam paseando en una nube de polvo, y crearás en la mitología y en cuantas ficciones poéticas sean de tu gusto.

Estas razones hacen que así suceda todo lo referido para envidia y desesperación de los que no pueden disfrutar de semejantes encantos.

Luego mas tarde, alá de las doce en adelante, tenemos sin falta ninguna, todas las noches, desde Junio hasta Setiembre, incendios que nunca se sabe cómo se originan.—En esto está lo mágico, lo sorprendente, lo embelesador del espectáculo.—¿Un incendio que estalla sin que nadie lo produzca! ¿Qué te parece? ¿No hay en este fenómeno algo de sobrenatural?

Pues amiguito, así sucede.—Por lo regular empiezan siempre en una boardilla trastera, y esta circunstancia dá en tierra con el secreto convirtiéndolo en charlatanería.—¿Conque no se sabe quien causa el incendio?—A otro perro con ese hueso.—¿Tú no lo adivinas? No es estraño: en los lugares sois muy supersticiosos y creéis en brujas.—Los que causan el incendio son los ratones que encienden un fósforo para buscar cualquier cosa y luego no cuidan de apagarlo.

Por eso jamás nos dicen mas sino que hubo fuego; que acudieron las autoridades y que se apagó.—Al siguiente día sucede lo mismo, y así durante tres meses consecutivos desde hace ya diez años lo menos.—Pero ya se vé, si nos contarán lo de los ratones nadie haría caso, y quizá ni las bombas acudirían, porque todo el mundo esclamaría al oír el toque de las campanas: «cosas de los ratones!!!»

Basta por hoy, Pajarito mio.—Tiene muchísimo mas que contarte, pero lo hará otro día tu buen amigo.—Canuto.

VICIOS SOCIALES.

El juego es un vicio tan arraigado en la sociedad moderna, que tengo completa evidencia de que, —no mis pobres observaciones y desautorizados consejos,—sino todos los discursos de los mas severos moralistas y toda la elocuencia de los oradores mas respetables no lograrían desterrar de entre los hombres un vicio, que es, casi podrá decirse, mas temible que todos, porque él conduce infaliblemente á caer en los demás, y el hombre, que no tiene fuerza de voluntad bastante para resistirle, llega generalmente

á perder todo sentimiento cristiano, toda idea generosa. La embriaguez del juego es la mas repugnante, la mas nociva; mata lenta, pero seguramente. Ved los jugadores de profesion, y en su rostro notareis algo sombrío y siniestro que os hará tratarlos con cierta prevencion; vereis cómo en su rostro se retrata fielmente su alma, y en él podreis leer la duda, el descreimiento, la mala intencion, la avaricia, todas las pasiones, en fin, que nacen necesariamente del vicio que los domina.

¡Qué digno del aprecio de los hombres honrados sería el gobierno que con energía se dedicara á perseguir las casas de juego, que tanto abundan en España (1)! Parece imposible que la policía no lo sepa.

Si es digno de compasion un hombre arrastrado por tan miserable pasion, una mujer, víctima del mismo vicio, es un ser repugnante que no encuentro cosa, por deleznable que sea, con que compararla. Es verdaderamente triste y desconsolador ver á la mujer, nacida para compañera y madre del hombre y guardadora de su hacienda, seguir con la vista clavada en la baraja el juego que da, el banquero, y poner en prensa su inteligencia para averiguar si se dan *mayores ó menores, judías ó contra-judías*.

Y hay muchas mujeres dedicadas al juego con igual afan, con la misma aficion que si se tratara de cumplir una accion meritoria, mujeres que abandonan su casa y sus hijos para ir á que las *lleven una vaca*, que pasan en vela toda la noche, sentadas detrás de la mesa del tapete verde, entre hombres desconocidos, que no las guardan miramiento alguno, y que, no considerándolas bello sexo, no omiten los votos y las palabras obscenas y sacrilegas que les arrancan de los labios las alternativas y los azares del juego.

Alguno de mis lectores creará pintado con exajeracion este cuadro; yo le felicito de todo corazón, porque, si así piensa, puede decirse con seguridad que no ha visitado aun una casa de juego, ó para hablar con mas propiedad, una *casa de cucas*. Dios le mantenga alejado siempre de esos focos de inmoralidad, conjunto de todos los vicios y escollo de toda virtud.

La casa donde me presentó el huésped de mi patrona era una de las mas favorecidas por el bello sexo degenerado, de que forman parte las *cucas*.—A las once de la noche comenzaban á entrar las señoras, y allí se estaban regularmente hasta la hora en que las prosaicas, pero bendecidas mujeres de su casa dejan el lecho, y despues de pedir á Dios larga vida y creciente prosperidad para sus maridos y sus

(1) No es esto decir que no abunden mucho mas en el extranjero.

hijos, comienzan á ocuparse en las faenas domésticas.

¿Y qué dirá el lector de las madres que llevan á sus hijas á tales casas, y las aficionan á las emociones del juego? Estrecha cuenta habrán de dar á Dios de los males que caerán sobre sus hijas, víctimas de su aficion al dinero, aficion que, si es peligrosa en los hombres, lo es mucho mas en las mujeres.—Poned si no en ese camino á la mujer mas inocente y de mejor instinto, y á poco tiempo podreis apreciar la variacion que en su carácter se ha verificado, despues de acostumbrada á estar durante tres ó cuatro horas cada dia, viendo la carta que viene, y contando y recontando las pesetas que pierde ó las que gana, y halagada con las ganancias que le proporciona alguna vez un napoleon que le regala uno de los tertulios, con la aparente intencion de hacerla un obsequio, y con la intencion evidente de cobrar en un dia el rédito.

Todas las *cucas* son personas de *clase*, como ellas dicen; la que no es viuda de un intendente, es hija de un brigadier, y la que no es brigadiera, no es ni un ochavo menos de coronela, pareciéndose en esto á bastantes mulas de las que tiran de las diligencias ó galeras aceleradas. Ellas suelen tener buena paga, —que para eso trabajaron sus maridos,—pero regularmente, aunque la tienen ellas, quienes realmente la disfrutan son los prestamistas sobre pagas de las clases activas y pasivas, que á costa de las mujeres manirotas, y amigas de andar majas y de la broma y el jaleo, echan coche, y se pasean tan tranquilos como si ganaran el dinero con el sudor de su frente, ocupados en un trabajo que reportara alguna utilidad á sus semejantes.

Quienes ganan el dinero con el sudor de su frente, son las *cucas*;—no con el sudor de su frente, sino con el sudor de todo el cuerpo,—porque es mucho lo que las pobrecitas sudan, despues que han puesto la peseta ó el medio duro á una carta,—en la duda de si vendrá la *mayor* ó la *menor*, ó si *quebrará* el juego, ó si el banquero, que es hombre que las *maneja*, dará la *descargada*, ó si ganará en puerta la carta *donde van*, y no cobrarán mas que ocho reales por los diez, ó si sería mejor jugar *arriba y abajo*, porque malo ha de ser que se pierdan las dos, etc., etc.

Y si el banquero *tira* la carta que ellas han elegido, habian *VV.* de ver qué satisfaccion se retrata en su rostro, y cómo abren los ojos y alargan la mano para evitar que les *levanten un muerto*, y cómo gritan para llamar la atencion del banquero, y lograr que las paguen antes que á los demás *puntos*, y cómo cobrada la *puesta*, miran y remiran las monedas, y se las dan al mozo que se sienta á su lado para que las examine y diga en conciencia si son de

buena ley, porque en caso contrario, hay que reclamar inmediatamente y no hacerse de miel, porque no es cosa de perder así á tontas y á locas un dinero que les ha costado su trabajo ganarlo.

¿Y cuándo pierden?—Entonces sí que sudan, amigo lector; siempre pierden sin haber perdido, siempre porque seguian á uno de los *puntos* que habia dado *seis golpes* seguidos, ó porque la Faustina y doña Mariquita habian dicho que iba á salir la *cargada*, ó porque el banquero se habia equivocado, y en lugar de poner su dinero, como le dijeron, en la que gana, lo dejó en la que pierde, ó por cualquiera otra causa, con la que se prueba su desgracia, y lo malo que es en el juego guiarse por otro y no seguir la propia inspiracion.

Aficionado yo aquella noche, tomé asiento entre dos señoras, una mayor y otra menor, ó para hablar en los términos técnicos del vicio, una *judía* y otra *contra judía*.—y ninguna buena cristiana,—y me dispuse á perder cuarenta duros que sobre mi llevaba, ó á ganar con ellos una cantidad que me pusiera en camino de llegar á ser mas banquero que los dos tunos de marca mayor que tallaban.

—[Talla de mil reales! exclamó uno de estos sentándose, y echando sobre la mesa veinticinco duros y un billete de otros veinticinco.—Y pagó á la dueña de la casa cuatro napoleones, cantidad de tarifa, que cada uno de los que tallaban tenia que dar en pago del derecho de perder su dinero ó llevarse el de los demás,—que es lo mas probable, porque, como dice el refran, de enero á enero el dinero es del banquero.

Ya vé el lector que la industria no deja de ser productiva, y que no vive del todo mal quien se dedica á fomentar el vicio, proporcionando *casa* para que pueda ejercerse tranquilamente.

Trajeron dos barajas nuevas,—que hay gran abundancia de ellas en todas estas casas,—y despues de barajada una, exclamó el banquero:

—¿Quién corta?

—Yo, respondió una jamona con mucha papalina y con un ojo huero, añadiendo:—No tengo fé en el juego cuando corta don José, porque siempre *da* el entrés.

Quedé tan enterado, como ella lo hubiera quedado oyendo leer en latín un trozo del *Heautontimorumenos*.

Don José era amigo del huésped de mi patrona, quien me lo hizo conocer diciéndome que era un capitán de recemplazo, que habia venido pocos dias antes de un castillo, donde habia estado porque era muy distraido, y un dia se distrajo hasta tal punto, que se llevó por distraccion parte de los fondos de la caja del regimiento.

ROMANCES POPULARES,

por D. CARLOS FRONTAURA.

VII.

El Lujo.

(Conclusion.)

No es, sin embargo, don Pedro hombre que se echa en el surco, y aunque él echarse quisiera, su esposa,—la de los buhos, y la mano de mortero,—tiene mucho amor al lujo, y pide al esposo, airada, que satisfaga sus gustos, y llora, y se pone triste, y le dan ataques bruscos de nervios, dando al marido cada dos horas un susto, y de repetir no cesa cuántas ocasiones tuvo de hacer mejor casamiento, pondera el amor profundo que la profesaba un príncipe, no sé si polaco ó ruso, la escandalosa fortuna de un señor del otro mundo,—de la Habana,—que tenia veinticuatro ingenios suyos, y que la hubiera dotado en diez millones de duros, la pasion atroz, volcánica, de un poeta melencólico, que, aunque entonces no tenia ni para comprar un puro, luego ha llegado á ministro

con asombro de los puros, y se duele amargamente de haber tenido el mal gusto de ir á elegir al mas pobre, mas pacato y mas oscuro, y tales cosas le dice, que, como él la quiere mucho, y ha tomado de la esposa tambien la aficion al lujo, anda bebiendo los vientos por salir de sus apuros, encomendado al glorioso y benéfico San Bruno, que ciento por uno dá á quien es devoto suyo, y se ocupa el pobrecito en escribir estatutos, bases y combinaciones de una *Caja de seguros* que ha pensado establecer en beneficio del público, y en la cual cada imponente tomará el ciento por uno, y con soltar unos cuartos tendrán porvenir seguro su mujer, hijos y nietos, hasta que se acabe el mundo. Y aun cuando á primera vista parece el proyecto absurdo, el buen don Pedro, que debe ser ó muy sábio ó muy tuno, establece al fin su empresa, y pone grandes anuncios, y vuelve la esposa bella á asombrarnos con su lujo, y á no ser por un milagro del seráfico San Bruno, andando el tiempo, don Pedro nos daría á todos un susto, porque dando un trueno gordo nos dejaría sordo-mudos. Vive el pobre de que el rico viva con fausto y con lujo, y el lujo de los magnates es conveniente y es justo; pero que quiera lucirse

quien no tiene bien alguno, mas que un simple destinillo ó los precisos recursos para comprar ropas hechas y comer garbanzos duros, pienso, lectores amigos, que es ridiculo y absurdo; pero no os burleis del prójimo que dá en el vicio del lujo; si no podeis, corrigiéndole, salvarle de un mal seguro, compadecedle y rogad por él con amor profundo, que acaso veréisle un dia triste, sin pan y desnudo, ó sin honra y sin pudor desdeñado por el mundo. Si es el lujo para el hombre causa de males sin número, para la mujer no hay nada tan dañoso como el lujo. Es la pasion mas traidora que inventar el diablo pudo, y la mujer que no sabe resistir su horrible influjo, á grandes males se espone y á no lograr bien alguno. Hija buena no será, si dá en ese vicio estúpido, ni cumplirá como esposa la mision que Dios le impuso, y no será buena madre la que su bien y su orgullo cifre en ser esclava siempre de las miserias del lujo.

ERRATA.—En el folletín del número 44, en la columna 3.ª, en el renglon 34, dice:

y cobra del gobierno.

y cobra del gobierno.

El buen sentido del lector habrá corregido ya esta errata que se nos pasó, al corregir las pruebas.

—As, y rey.

—Al as, dijo la jamona; y puso sobre el tapete tres pesetas.

Pusieron sobre el as muchas cantidades, y la jamona murmuró:

—Ya no me gusta el as; es la cargada, y aquí hay que jugar a las descargadas.—Y después de un momento de duda, añadió:—Tres pesetas del as pasan al rey.

—Van, contestó el banquero, cambiándolas a gusto de la interesada.

Y salió el as inmediatamente.

—Las tres pesetas del rey, dijo la jamona, vuelven al as; he jugado al rey cuando el as estaba visto.

—No ha lugar, replicó el banquero.

—¿Cómo que no?... repuso la jamona.—Doña Gregoria (esta era la dueña de la casa), me han llevado tres pesetas de mala manera, porque el as estaba visto.

—Y qué quiere V. que yo le haga, doña Rosarito? —Es que en ninguna parte sucede lo que aquí, y a una señora se la cree siempre.

—Pero señora, si se ha pasado V. al rey....

—Lo que es V., las ve venir, que es un gusto.

—¡Vaya! señora, váyase V. a hacer calceta, y no venga aquí, si no quiere arriesgarse a perder.

—Si tengo dicho que no me gusta jugar con V.... Si siempre me echa V. la llave.

—Y así se debía hacer con todas las mujeres habladoras, replicó el banquero; encerrarlas bajo llave.

—Oiga V., a mí no me insulte V., porque aun no sabe V. con quién está tratando; porque yo soy una señora, ¿está V? y si viviera mi marido, que tenía un genio que el demonio no le podía aguantar, y era intendente del ejército del centro, puede que fuera V. atado codo con codo al Saladero....

—Señora, tome V. su dinero, y cálese V. y no vuelva V. a jugar, porque si sucede lo mismo otra vez, no respondo de mí.

—Amigo, cómo VV. me buscan la lengua....

—¡Lástima que la encontremos!

Y se acabó la cuestión; aquella mujer armaba un escándalo cada vez que perdía, y para no oírlo, se le pagaba siempre, de manera que cuando ganaba, ganaba, y cuando perdía ganaba también.

(Se continuará.)

CASCABELES.

El bey de Túnez, que está ahora un poco indispuerto con su pueblo, había encontrado el medio de reducir a la mas mínima espresion la administración y el gobierno. No es posible que haya un hombre mas amigo de simplificar las cosas.

No es hombre capaz de perder su tiempo en leer y estudiar tratados de economía política. Su sistema era claro como el agua; consistía en aumentar anualmente los impuestos, cobrados con extraordinaria puntualidad, y no devolverlos bajo forma ninguna a sus súbditos. Profesaba el provechoso principio de no pagar a nadie, ni a los soldados, ni a los empleados, a nadie, en fin; por está pequeña los que le servían y no recibían un cuarto le habían amenazado con marcharse con la música, y aun sin música, a otra parte, a lo cual el bey tuvo por conveniente responder:

—Váyanse VV. enhorabuena.

Y se fueron en efecto.

El Estado de Túnez se componía, pues, de un pueblo que pagaba grandes contribuciones, y de un gefe que se metía los euros en el bolsillo. Era este un mecanismo maravillosamente sencillo. Lo que aquel pueblo no ha podido comprender es por qué el bey se ha juntado con algunos mamelucos que le ayudan a guardarse la fortuna pública, que podía guardarse él solito.

Esta debilidad es la única de este gran bey.

Los súbditos han creído que este sistema de gobierno no es del todo beneficioso, y por esto se han sublevado. Esta es, pues, la insurrección tunecina, segun las últimas cartas recibidas de personas imparciales.

Proponiéndose EL CASCABEL publicar todos los documentos curiosos que vuelan por esos mundos, pone a continuación el programa que ha dado a la estampa un comediante, que ha tomado por su cuenta el teatro de Haro, y que si declama tan bien como escribe, será cosa de echar a correr.—Dice así:

«Don José Sepúlveda, primer actor y director de los teatros del reino (y no ha dicho emperador romano porque no le ha dado la gana), ha dispuesto con auencia de la autoridad abrir un abono por ocho funciones, dando principio hoy día de la fecha con la preciosa comedia nueva en tres actos y en verso, que lleva por epigrafe: Las prohibiciones o misión contra el suicidio. Obra moral de la alta escuela.

REPERTORIO. La Cruz del Matrimonio.—El Protestante.—Venganza Catalana.—Sol de invierno.—El

Eco del Torrente ó la Carcajada del Teatro Español, y otras varias: además, cuando la dirección lo crea conveniente, habrá intermedios de canto y baile.»

El señor Sepúlveda, que se llama primer actor y director de los teatros del reino, no puede ser mas modesto.

El título Misión contra el suicidio lo ha inventado el señor Sepúlveda, porque la comedia en cuestión no tiene otro que el primero.

El Eco del torrente ó la Carcajada del teatro español es una comedia perfectamente desconocida; la Carcajada suponemos que la dará el público viendo al señor Sepúlveda que ha descubierto obras maravillosas de la alta escuela.

El autor inglés de una obra moderna, contando sus impresiones de viaje, dice lo siguiente:

«Después de haber caminado muchas horas sin encontrar un solo ser racional; vi al fin, con mucha satisfacción, un hombre colgado de una horca; este hallazgo consolador me probó que me encontraba en un país civilizado.»

La música de la Cantata, con que se celebró la inauguración del teatro Rossini, es adecuada al objeto, pero la letra no puede ser mas desgraciada. Es una cosa trivial, insustancial, prosaica, y que no sabemos cómo la han aceptado la empresa y el maestro Arrieta.

Dice así:

Feliz, cisne canoro
que en mágico sonido
dá encantos al oído
y encantos a la voz.

Estos cuatro versos son por lo bien espresado que está el pensamiento dignos de El Piston.

Y el duelo de María
al pié del leño canta,
y al cielo se levanta
y se conmueve Dios.

Este se conmueve Dios vale un duro

Y sigue:

Ingenio peregrino
señala al mundo entero
la fama de un Barbero
que nunca morirá.

Ya suponemos que este Barbero es el de Sevilla; pero la idea está tan bien espresada, que cualquiera creería que se trataba del barbero de la esquina.

En una de las estrofas del coro, dice:

.... palma al genio que mueve a la tierra.

Y en otra dice:

.... gloria inmortal a Rossini,
sol que eclipsa los rayos del sol.

Francamente, y sin querer agraviar a nadie, creemos que Rossini, el público, la empresa y Arrieta merecían otra cosa mejor.

Si a Rossini esa cantata
le aciata en el espinazo,
me parece que le mata
como si fuera un cantazo.

En Madrid se publica una novela titulada Lucrecia Borgia, en la que encontramos esta bonita descripción del traje de una dama, que suponemos será la mismísima Lucrecia:

«Una toquilla negra de terciopelo, con los bordes tomados de oro, cubría la parte superior de su cabeza; una gorguera de encaje de Flandes, ceñida al nacimiento de la garganta, impedía que se viese libremente su seno descubierto por el ancho descote cuadrado, tomado también de oro, de su ancho traje de terciopelo negro con grandes mangas perdidas, forradas de raso blanco; sin embargo, el seno —(¡vuelta!)— se trasparentaba bajo la gorguera de encaje; un gran collar de perlas de dos vueltas, con broche de diamantes, rodeaba la garganta, y caía sobre el seno —(¡vaya por Dios!)— de la dama, mas abajo del descote de su traje; un ceñidor de oro, perlas y rubíes, con estremos colgantes, rodeaba su cintura esbelta, redonda, y que, aun inmóvil, dejaba comprender una elasticidad fuerte, nerviosa, a la manera de la de la serpiente.»

¿Les ha gustado a VV?...

Me parece que una señora como esa, que se presentase una noche en el café Suizo, había de tener mas suscritores que El Times.

Se vá a publicar un periódico, satírico también, que se dedicará a hablar de lo que ocurra en los Campos Eliseos.

Desde que comenzó EL CASCABEL han nacido y muerto doce ó catorce periódicos satíricos.

Uno de los escritores mas distinguidos de Rusia, Mr. Tchernichewski, ha sido condenado a ocho años de trabajos forzados en Siberia, y a la deportación perpétua por sus opiniones publicadas en periódicos que habian sido autorizados por la censura previa. ¿Qué t. a. l. tal, señor Nocedal?

Solucion de la charadita y del logogrifo del número anterior.

Yo conozco un empleado
de quien un tiempo fui novia,
que me quería a mi mucho
y mucho mas a la nómina.

Teniendo yo como tengo,
lector, mis cuarenta largos,
triste de mí ¿qué me importan
que me importan ya los Campos?...

La señora de siempre.

NUEVO REGALO

A LOS SUSCRITORES DE EL CASCABEL.

EL CASCABEL, cada día mas agradecido al favor que el público de Madrid y provincias le dispensa, y siguiendo su costumbre de hacer cada tres meses un obsequio a sus suscritores, vá a regalarles en el presente mes de Junio un tomo, que ya está en prensa, y que contiene seis leyendas en prosa, con este título:

HISTORIAS TRISTES,

escritas por D. Carlos Frontaura.

Este tomito, elegantemente impreso, vale mas de los 6 reales que cuesta la suscripción de tres meses a EL CASCABEL.

CONDICIONES DE ADQUISICION.

Los señores suscritores, cuyo abono haya terminado en Mayo, ó termine en fin de Junio, recibirán gratis, lo mismo en Madrid que en provincias, el libro titulado *Historias tristes*, si renuevan su abono por tres ó mas meses antes del 30 de Junio actual, remitiendo su importe, a razon de 6 rs. por trimestre, en libranzas, ó sellos, si no pudieran adquirir libranzas, a la Administración de EL CASCABEL, Jardines, 11.

Los suscritores actuales por seis meses y por un año tienen derecho a recibir el libro.

Los suscritores nuevos que quieran recibir el libro que anunciamos, deberán remitir por los tres meses de suscripción 9 rs., es decir, que les damos el libro por 2 rs.; los que se suscriban por seis meses remitirán solo 13 rs., es decir, que no pagarán mas que Un Real por el libro.

Los suscritores nuevos que lo sean por un año recibirán gratis el libro.

Solo nos resta añadir que el libro *Historias tristes*, es un libro moral a la par que ameno y entretenido, y que el padre mas celoso de los buenos principios de sus hijos puede estar seguro de que en su lectura no hay riesgo alguno.

La edicion será limpia y elegante.

Suplicamos a nuestros favorecedores no demoren la renovación de sus abonos, para poder calcular la tirada que hemos de hacer del libro que les ofrecemos, y que remitiremos puntualmente a principios del próximo mes.

ANUNCIOS.

PROVERBIOS EJEMPLARES de D. V. R. Aguilera. Dos tomos elegantemente impresos. Se venden a 20 rs. los dos en la Administración de EL CASCABEL.

ALMANAQUE CÓMICO-PROFÉTICO DE EL CASCABEL.—Se vende a 2 rs. en la Administración de este periódico.

EL GOBIERNO, periódico político. Se suscribe en la Administración, calle del Olivo, 6 y 8, principal.

Por lo contenido en este número:

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Francisco Perezagua.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juanelo, núm. 19.